

La otra cara de RAMÓN

ESTA celebración del centenario del nacimiento de Ramón Gómez de la Serna debe proporcionarnos la oportunidad tanto de revalorar, ya con cierta perspectiva histórica, la figura pública y obra literaria de este prolífico creador como de reexaminar la estrecha conexión entre estas dos facetas de su persona, conexión que se estableció de manera perturbadora durante su época de plenitud en España —los años veinte— y que sigue pesando hoy día, como entonces, sobre la apreciación crítica que en cuanto novelista se hace de él. No se trata aquí en modo alguno de

restar importancia a las profundas huellas que en sus escritos dejó la experiencia del autor —yo misma he rastreado esta íntima, hasta recóndita, relación en mis ediciones de *La Quinta de Palmyra* y *El secreto del acueducto*, sino más bien de relegar, de una vez para siempre, al terreno de las curiosidades de la vida literaria española la pintoresca e histórica personalidad humana de RAMÓN, para concentrarnos, por fin, en algo que hasta ahora ha venido siendo eclipsado por ésta: la magnífica obra de ese originalísimo escritor que fue Gómez de la Serna.

En efecto, que todavía no se

haya dedicado a su producción literaria la seria atención crítica que sin duda alguna merece se debe en gran parte a la imagen pintoresca que el propio autor se forjó intencionadamente, imagen tan singular que hubo de cegar a muchos de los que comentaron libros suyos en la Prensa del día, haciéndoles insistir sobre la idea de que «Ramón no es un escritor: es un espectáculo» (cita de Cipriano Rivas Cherif en su breve reseña de *El secreto del acueducto* en *La Pluma*, marzo de 1923). La gran singularidad de las actuaciones públicas de RAMÓN —la tertulia y banquetes de Pombo, sus famosas conferencias, incluso montado en elefante o subido al trapezo del circo...— no podía dejar de haber influido en los lectores contemporáneos suyos, quienes quizás encontrarían difícil tomar demasiado en serio aquella caudalosa obra que sin cesar brotaba de la pluma del que, para ellos, tal vez no fuera sino una especie de payaso literario. Por supuesto que no todos le veían tan trivialmente: Ortega y Gasset, sin ir más lejos, lo agruparía en un trío de genios literarios de la época con Proust y con Joyce. No obstante, la imponente exuberancia humana de RAMÓN terminaría en su momento por oscurecer frente a la atención pública su no menos imponente obra escrita.

En alguna ocasión me he referido a nuestro autor como a un «nuevo monstruo de la Naturaleza», caracterización que creo le conviene, dado el parecido existente entre su inmensa energía vital y fecundísima producción artística. («Vida de literato con frenesi plumífero» *El Tostado y yo*—titularia el capítulo XLVII de su *Automoribundia*) y las de Lope de Vega. Ciertamente se formó, y aún persiste, un aura de leyenda personal alrededor de otros grandes escritores españoles —piénsese, por ejemplo, en Quevedo, o más recientemente, en otro Ramón: el del Valle-Inclán. Pero en el caso de éstos, ello no ha sido en detrimento de la apreciación de su obra.

¿Por qué sí, en el caso de RAMÓN? Quizás, en parte por no haber transcurrido aún el tiempo suficiente: viven todavía personas que, con sus testimonios directos, sostienen aquella imagen pintoresca (hace apenas unas semanas —y es sólo un ejemplo— que, en el turno de preguntas del público tras una mesa redonda dedicada a nues-



tro autor, un oyente espontáneo tomó la palabra para describirnos, con gran entusiasmo y detallados recuerdos, la peculiaridad de sus programas de radio...). Quizá también por la continua, brillante y ligera diseminación de gréguenas sueltas que, tanto en España como en toda Hispanoamérica, sembró incansablemente hasta su muerte en aquel otro gran medio de comunicación que es la Prensa diaria. Sea como quiera, siguen repitiéndose los mismos clichés: que si bien era hombre de un ingenio chispeante, no se le podía considerar, en verdad, como auténtico novelista...

Pero basta ya de tales estereotipos; no más repeticiones mecánicas de un lugar común carente de fundamento sólido. Una directa, desprejuiciada y pausada lectura de cualquiera de sus novelas, sobre todo de las de la década de los veinte, proporcionará a quien desee acercarse a la esencia profunda del arte romoniano el descubrimiento de una riqueza sorprendente, en contradicción con todo lo que viene repitiéndose de antiguo. En esos textos narrativos, muchos de ellos dotados de una gran belleza lírica, encontrará el lector actual una variedad de tonos —desde lo gracioso y ligero hasta lo sombrío, e incluso trágico— una intensa sensualidad erótica, muchas veces matizada por cierta morbosidad; una apelación a todos los sentidos, especialmente el de la vista —su voyeurismo recuerda constantemente a la indiscreta cámara cinematográfica—, y, ante todo, un estilo tan personal que nos permite explorar regiones de la imaginación antes desconocidas. A Ramón Gómez de la Serna, perenne héroe de la vanguardia, no se le puede comparar con ningún otro autor de lengua española; es, sencillamente, único. Único, modernísimo, extraordinario poeta en prosa. Gómez de la Serna se incorpora definitivamente a la historia de la literatura como uno de los mayores escritores de la lengua castellana.

Carolyn RICHMOND

